

MARRUECOS Y MAURITANIA

Por JOSÉ MARÍA GARCÍA ALONSO

CONSIDERACIONES GENERALES

Este trabajo sobre los aspectos económicos de Marruecos y Mauritania forma parte de otro mas amplio referido a todos los países del Magreb. Simplemente, por razones funcionales, se ha hecho una asignación entre dos de los miembros del Grupo de Trabajo nº 3 de los cinco países, correspondiendo al autor de este estudio los dos referidos en el epígrafe.

El análisis económico de países se puede hacer desde distintas perspectivas que, obviamente, tienen que tener numerosos puntos en común diferenciándose por los objetivos. Aquí, las metas que se persiguen son las de evidenciar los puntos débiles y conflictivos, junto a los puntos fuertes, de unas economías muy próximas a la española, no solo en el sentido geográfico. En este sentido, y aunque ya sea tópica la idea de la globalización, lo que suceda a estos países en el ámbito económico tendrá repercusiones al otro lado del Mediterráneo y viceversa.

En definitiva, se trata de un análisis estructural de las economías de Marruecos y Mauritania, en este caso, resaltando determinados aspectos y obviando, como es lógico, otros muchos. Así pues, no busque el lector ni un análisis coyuntural, ni una descripción exhaustiva de todas las peculiaridades de sus economías. Por otro lado, algunos rasgos específicos se contemplan de forma monográfica en estudios de tipo horizontal realizados por otros miembros del Grupo de Trabajo.

MARRUECOS

Introducción. Génesis y evolución de Marruecos como estado

Aunque Marruecos logra su independencia en 1956, sólo cuatro años antes que Mauritania, tiene en cambio una historia como nación cuya génesis puede remontarse a finales del siglo VIII, con la creación del reino Idrisí, tras la fusión de los bereberes nativos con los árabes invasores que llegaron desde oriente predicando el islamismo. Con la dinastía de los Sadíes el territorio controlado retrocedió en el norte ante el triple acoso portugués, español y turco, pero avanzó hacia el sur hasta conquistar la mítica Tombuctú; pero lo relevante es que se produjo la consolidación nacional con la creación, por Ahmad IV, del "Makhzen". Se trató de un peculiar sistema de organización política, militar y económica que sirvió de base al denominado imperio jarifiano en el que el sultán, detentando teóricamente el poder político, religioso y militar, dependía en gran medida de la fidelidad personal de los jefes de tribu, de natural insumisos, dentro de una permanente anarquía, que recuerda, aunque no es coincidente, al feudalismo europeo.

La complejidad de la situación política se pone de manifiesto si a lo anterior se añade la notable influencia de los marabutos, especie de santones ardientes defensores de la ortoxia religiosa y del odio hacia lo extranjero, especialmente si se trataba de europeos. Sin embargo, es preciso reconocer que la anarquía estructural y aparente ineficacia del "Makhzen" no impidieron que el sistema subsistiese desde comienzos del siglo XVII hasta 1912, año en el que Francia y España imponen al sultán el protectorado, tras varias décadas de caos en el país e intervención de diversas potencias europeas. Ni siquiera el cambio de dinastía —los actuales Alauitas reemplazaron a los Sadíes a finales del XVII— supuso la sustitución de la organización del "Makhzen".

En 1956, el sultán Muhammed ibn Yusuf logró que Francia y España accedieran a la plena independencia de Marruecos, convirtiendo el viejo imperio jarifiano en un reino con alguna apariencia constitucional. La habilidad política, el prestigio entre su pueblo, la persistencia en sus planteamientos y el importantísimo apoyo español a su figura, permitieron que el último sultán se convirtiese en el nuevo rey Muhammad V, a pesar de las intrigas de los franceses para sustituirlo por uno más proclive a sus intereses.

En 1961 al morir Muhammad V le sustituyó su hijo, el actual Hasan II, el cual ha mostrado habilidades políticas iguales o superiores a las de su

padre, las cuales le han permitido ir sorteando los graves problemas internos y externos a los que se ha tenido que enfrentar desde que logró el poder ejecutivo, que apenas comparte con los sucesivos gobiernos. A ello se añade el poder religioso y la falta de un verdadero control legislativo.

Sin ánimo de ser exhaustivo, por cuanto no es este el objetivo básico del trabajo, haremos una breve referencia a los principales problemas políticos a los que se enfrenta el país y su rey, empezando por los internos.

En primer lugar está la propia debilidad de la monarquía alauita, pues dado el carácter absolutamente vital de la figura del rey para la estabilidad de Marruecos, su vulnerabilidad ha sido puesta de relieve, entre otras ocasiones, en los atentados de 1971 y 1972, que estuvieron al mismo borde del éxito, especialmente el urdido por el general Ufkir, hombre fuerte en las FAR (Fuerzas Armadas Reales), con el apoyo de núcleos de oficiales descontentos.

En segundo lugar está la propia debilidad de un régimen político e institucional que no duda en marginar partidos políticos o fuerzas populares en cuanto cuestionan aspectos del gobierno. La falta de democracia está siendo cada vez más cuestionada y puede ser caldo de cultivo favorable para el éxito de opciones políticas radicales. Lo ocurrido en algunos países vecinos —salvando las lógicas diferencias— puede ser un referente de los riesgos.

En tercer término debe aludirse a los efectos desestabilizadores de los enormes desequilibrios sociales y económicos. Aunque esas diferencias entre opulencia y pobreza han sido permanentes, el innegable desarrollo del país en los últimos decenios las ha agudizado, a la vez que la mayor sensibilidad en el pueblo marroquí ante tal situación está convirtiendo esos desequilibrios en un importante foco de tensión, de lo que son muestra los graves estallidos que se han producido en ocasiones.

Un cuarto problema deriva del difícil equilibrio mantenido por Hassan II entre su clara adscripción a Occidente, sobre todo a los Estados Unidos, y las mayoritarias tendencias antinorteamericanas del mundo árabe. Hasta ahora esa premeditada ambigüedad le ha rendido importantes dividendos, sobre todo en lo concerniente al conflicto del Sáhara. Está por ver el coste que a la larga deberá pagar por esa alineación, sobre todo a la vista del creciente protagonismo del fundamentalismo árabe en toda la región.

En cuanto a las tensiones externas, dos son las más relevantes y, en cierta medida, están interrelacionadas. La primera, al menos desde el

punto de vista cronológico, es la derivada del soterrado conflicto con Argelia, al no aceptar Marruecos las fronteras heredadas de la época colonial. En 1963 el conflicto llevó incluso a la lucha armada.

La segunda tensión es la derivada de la reivindicación sobre el antiguo Sáhara español, ocupado por Marruecos tras su abandono por España. En gran medida, la precipitada salida española estuvo provocada por la fuerte presión ejercida por Hassan II con la "marcha verde", de finales de 1975, que estuvo a punto de originar un conflicto armado con nuestro país en un momento muy delicado. El choque armado sí se produjo con el Frente Polisario, movimiento que reivindica la independencia del territorio para formar un nuevo Estado: la República Árabe Saharaui.

El coste de la ocupación ha sido muy alto por un doble motivo. En el plano militar, porque ha tensionado al máximo el dispositivo militar marroquí, tras la construcción de varios muros defensivos con los que logró detener las inicialmente exitosas incursiones polisarias. Obviamente, la ayuda tecnológica norteamericana ha sido fundamental para el control electrónico de unas líneas defensivas demasiado largas. En el plano económico, porque Marruecos ha realizado un enorme esfuerzo inversor en el territorio ocupado para atraerse a la población saharauí.

La situación dista bastante de estar totalmente controlada por Marruecos, a pesar del alto el fuego de un Polisario agotado. Aunque Hassan II ha logrado con sus maniobras dilatorias retrasar varios años el referéndum por el que la población del Sáhara decidirá su futuro, tarde o temprano deberá celebrarse. Otra salida puede ser también peligrosa para el país ocupante, pues no hay que olvidar que más de 60 países han reconocido la República Árabe Saharaui, casi la mitad de ellos africanos.

Condicionantes básicos: territorio y población

Por su extensión, de 458.730 km², Marruecos es un poco más pequeño que España. No se consideran, obviamente, como territorio de soberanía marroquí los 250.120 km² del Sáhara ex-español, hoy ocupado militarmente. Aunque por su tamaño el país es de tipo medio, la realidad es que buena parte del mismo corresponde a zonas montañosas o desérticas.

Situado en el extremo noroeste del continente africano, muy cerca de Europa, de la que sólo le separa el estrecho de Gibraltar, la posición de Marruecos es, desde la perspectiva económica, sumamente favorable. Por

una triple vía capitaliza esa benéfica situación: colocando parte de sus excedentes laborales en algunos mercados de trabajo europeos; atrayendo unos tres millones de turistas al año y recibiendo inversiones extranjeras en sectores intensivos en mano de obra o relacionados con sus recursos naturales.

El clima es muy complejo y variable, debido a que Marruecos está en la línea de contacto entre la zona templada y la tropical. En líneas generales predomina lo mediterráneo (en humedad y temperatura), que se degrada conforme se penetra hacia el interior y se desciende hacia el sur, hasta llegar al clima desértico.

La población crece de forma acelerada, pasando de 15 millones de habitantes, en 1970, a 26,5, en 1995. La densidad, de poco más de 57 habitantes por km², está entre las más altas de Africa pero, como suele ocurrir, esa cifra media no es indicativa, dadas las enormes diferencias entre las zonas costeras del noroeste, donde están las mayores ciudades, y las zonas desérticas del interior y del sur. El fortísimo crecimiento poblacional se debe a una baja mortalidad (tasa del 8 por 1000) y a una natalidad bastante elevada (tasa del 28 por 1000). Como consecuencia, la pirámide de población tiene una base muy ancha, ya que más de la mitad del total está por debajo de los 20 años; esto tiene efectos muy importantes sobre el mercado de trabajo, demasiado raquítico para tan rápido crecimiento vegetativo.

Los movimientos migratorios interiores han trastocado notablemente el reparto de la población entre las zonas rurales y las urbanas. Estas últimas han pasado de albergar el 30 por 100 del total de los habitantes del país hasta casi la mitad. El rápido proceso de urbanización ha sido más notorio en las mayores ciudades, que son las que más han crecido, como se puede apreciar a través de los siguientes datos (en miles de habitantes).

	1970	1990
Casablanca	1.250	2.140
Rabat	410	850
Marrakech	285	450
Fez	270	425
Mequinez	225	320
Oujda	150	260
Tetuan	120	200

Evolución económica

La estructura económica instaurada en Marruecos después de la independencia convirtió al Estado en el punto de apoyo esencial de la actividad productiva y financiera. De este modo, a la iniciativa estatal se le asignó no solo lo que le es propio —como la construcción de la infraestructura o capital fijo económico y social— sino también la producción industrial y la financiación de todas las actividades económicas. Esta participación del Estado en la vida económica estuvo acompañada de fuertes medidas proteccionistas que, a través de altísimos aranceles, contingentes y otras medidas restrictivas, trataron de aislar el mercado interior de la competencia extranjera. El clarísimo cuadro de política autárquica se completó, en primer término, con la desconfianza y el encorsetamiento de la iniciativa privada; en segundo lugar, con torpes —y a la larga ineficaces— medidas de intervención, fijando precios, salarios, subvenciones, tipos de interés, etc.

Sin embargo, este intento de aislamiento del exterior estaba —como en el caso de otros países en vías de desarrollo que han seguido de forma mimética caminos paralelos— destinado al fracaso. La tragedia es que Marruecos dependía y depende inexorablemente de ese exterior para obtener capitales, tecnología, productos industriales, energía y medios de pago internacionales. Por tanto, la vía nacionalista y autárquica para alcanzar el desarrollo está viciada en origen.

Como resultado de esa política, la estructura económica del país, al finalizar los años 60, presentaba los típicos problemas del modelo proteccionista con intervenciones múltiples: sector público hipertrofiado y muy poco eficiente; excesivo gasto público y fiscalidad inadecuada, que llevaban a un déficit permanente de las cuentas públicas; baja remuneración del ahorro y coste excesivo del crédito; distorsiones muy acusadas en la asignación de recursos por las rigideces de los controles y de las subvenciones; tipo de cambio exterior sometido a intervenciones dispares; etc.

Al iniciarse la década de los años 70 la situación empezó a deteriorarse de forma grave, siendo la balanza exterior el indicador que presentó mayores problemas. La propensión a importar se disparó por el doble juego de la industrialización forzada y de una demanda interior de alimentos presionada por el fortísimo crecimiento de la población, no acompañado de un paralelo incremento de la oferta agraria interna. El resultado fue un importante déficit comercial que no pudo ser financiado, dentro de la balanza por cuenta corriente, mediante las remesas de los emigrantes. Como conse-

cuencia, el endeudamiento con el exterior se disparó porque era la única forma de hacer frente a la situación, pues las exportaciones se vieron muy negativamente afectadas, primero, por la crisis de los precios de las materias primas de principios de los 70, después, por el freno de la ascendente trayectoria de las ventas a los países industriales reducidas por los sucesivos choques petroleros.

La crisis de mediados de los 70, que tuvo graves consecuencias para los países industriales, terminó pasando factura a los países del Sur, vía comercio exterior, tipos de interés, etc. Si a esto añadimos la mala gestión económica que les llevó a un elevadísimo endeudamiento externo, tenemos todos los ingredientes que explican la crisis de los 80 en Marruecos y en otros países del área norteafricana. Todo ello ha contribuido a frenar totalmente su crecimiento, a la vez que ha puesto de manifiesto la fuerte dependencia del exterior. Así, Marruecos pasa de tener una tasa media anual de crecimiento del PIB del 3 por 100, entre 1975 y 1980, a otra negativa del 0,2 por 100 en el quinquenio 1980-85. Por otro lado, su deuda externa sobrepasará el 130 por 100 del PIB en 1983.

Las perturbaciones externas no solo afectaron a la situación coyuntural de la economía marroquí, sino también a su más profunda estructura, resaltando claramente la errónea política económica seguida, y los inadecuados mecanismos de regulación interna y externa empleados.

Los fracasos cosechados han hecho crecer de forma muy peligrosa la exasperación de una población con niveles de bienestar muy bajos, que además contrastan con grandes diferencias en el reparto de la riqueza y de la renta. El creciente descontento ha sido desviado, con más o menos éxito, hacia tópicos exteriores: neocolonialismo, FMI, etc. El problema para los sucesivos gobiernos es que tales lugares comunes no pueden ser agitados de forma permanente, y, en algunos casos, el malestar de la población ha terminado estallando de forma violenta, siendo reprimido de forma sangrienta.

Además de los problemas externos, a los que aludiremos más adelante, existen otros internos, alguno de ellos muy grave. Este es el caso del ya apuntado fuerte crecimiento vegetativo de la población marroquí. Las consecuencias son múltiples; por un lado, se genera una enorme presión sobre las magras arcas públicas en demanda de servicios sociales (sanidad, educación, urbanización, transportes públicos, etc.). Por otro lado, los intentos de masivas incorporaciones de jóvenes al mercado de trabajo quedan sin satisfacer, traduciéndose en un incremento extraordinario del paro y del subempleo,

mucho más voluminoso, si cabe, éste último, aunque la ausencia de estadísticas fiables no permite conocer con exactitud los datos reales.

Hasta los años 80, fue el Estado el que trató de absorber la presión demográfica en busca de empleo. Con la crisis, el debilísimo crecimiento interno, unido a la ineludible reducción de los déficit públicos, ha cercenado las posibilidades de dar empleo a la enorme masa de jóvenes que cada año desea acceder al mercado de trabajo. En definitiva, paro y subempleo son dos lacras muy graves de la economía marroquí.

El problema de la deuda exterior constituye otro de los más embarazosos planteados por Marruecos. La crisis de los pagos externos estalló en 1983, cuando el volumen sobrepasó los 15.000 millones de dólares, suponiendo el servicio de la deuda el 40 por 100 del valor de sus exportaciones de bienes y servicios. Ante la situación, el gobierno marroquí tuvo que recurrir a la ayuda del Fondo Monetario Internacional.

La respuesta del FMI fue positiva concediendo al país un crédito "stand-by" de 300 millones de DEG (Derechos Especiales de Giro), seguido en 1986 y por dos ocasiones, en 1992, de nuevos tramos, lo que supuso un total de 3.400 millones de DEG. Pero, a la vez, el Fondo exigió a las autoridades marroquíes la adopción de toda una serie de medidas de ajuste, para lo cual, como suele ser costumbre, contaron con el apoyo técnico de los economistas del FMI y del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (Banco Mundial).

Las políticas de ajuste preparadas —con la denominación de PAS— se desarrollaron en dos fases. En la primera con la supervisión del Fondo, se puso en marcha un programa clásico de estabilización entre cuyas medidas la devaluación del dirham, liberalización del tipo de cambio, supresión de los controles de precios, excepto a ciertos servicios y alimentos básicos y el desmantelado del caótico conjunto de subsidios, pueden considerarse como las principales. Además, se inició la puesta en práctica de reformas monetarias y fiscales.

La segunda fase, auspiciada por el Banco Mundial, estuvo dirigida a insertar la economía del país en la economía mundial, y consistió, en síntesis, en la supresión de las restricciones al comercio exterior, la privatización del sector público productivo y la adopción de medidas para atraer la inversión extranjera.

El PAS pronto propició resultados positivos. Así, la tasa de crecimiento del PIB entre 1986 y 1994 ha sido alta, superándose algún año el 10 por

100. Sin embargo, las graves sequías interrumpieron en 1995 esta trayectoria, que parece ha vuelto a recuperarse en los últimos años. El déficit público, que había llegado a alcanzar una media del 12 por 100 del PIB en el periodo 1980-86, se estabiliza entre el 2 y el 3 por 100 a principios de los 90, aunque volverá a incrementarse en los últimos años hasta superar el 5 por 100. La inflación también ha caído desde tasas de dos dígitos en los años 80 a oscilar entre el 4 y el 8 por 100 en los 90. Finalmente, el déficit por cuenta corriente se redujo del 10 por 100, en 1983, al 2 por 100, en 1994.

Sectores económicos

Marruecos es todavía un país fundamentalmente agrario en el que este sector constituye la base de su economía. No obstante, en los dos últimos decenios se han hecho esfuerzos para industrializarlo por la doble vía de aprovechar los importantes recursos mineros con los que cuenta y de instalar manufacturas intensivas en mano de obra, dado que los salarios son muy bajos, aunque también lo es la productividad del factor trabajo.

Sector agrario

Ha constituido y sigue constituyendo su base económica por su empleo, participación en el PIB y generación de excedentes exportables. Así, en 1970, a esta actividad primaria se dedicaba el 70 por 100 de la población ocupada, proporcionaba en torno al 40 por 100 del PIB y aportaba más de la mitad del valor de las ventas de bienes al exterior. La comparación de las primeras cifras —el 70 por 100 del empleo sólo generaba el 40 por 100 del PIB— expresa con claridad que se trata de una agricultura, en general, bastante atrasada y con una bajísima productividad.

Aunque se ha producido cierta modernización en las estructuras agrarias, el sector sigue siendo decisivo para la economía marroquí. Actualmente emplea algo más del 45 por 100 de la población ocupada, genera en torno al 25 por 100 del PIB y aporta el 35 por 100 de las exportaciones.

Son muchos los problemas que afectan a este todavía básico sector de la economía de Marruecos. Haremos referencia breve a algunos de ellos.

El primero, es el relativo a la escasa superficie agrícola útil. Sólo unos 8 millones de ha. pueden considerarse tierras cultivadas, lo cual supone que solo se aprovecha el 19 por 100 de la superficie total. Como simple referencia, en España ese porcentaje es del 40 por 100.

Las principales causas de lo apuntado son la excesiva extensión de las tierras áridas desérticas o semidesérticas —en torno al 42 por 100 de la superficie total del país— y la escasa tecnificación de la agricultura. Esto resulta evidéntísimo si se considera que la superficie regada no llega a las 200.000 ha. (en España, con clima árido también son 3.300.000 ha). Precisamente, el bajo porcentaje de la superficie regada frente a la cultivada constituye uno de los indicadores más simples, pero también más ilustrativos, del grado de tecnificación de una agricultura.

No toda la superficie agrícola útil es de siembra anual, pues unos 2,5 millones de ha., quedan cada año en barbecho. Aunque actualmente el barbecho tiene una imagen menos negativa que antaño, no cabe duda que es excesivo, especialmente teniendo en cuenta la reducida superficie cultivable. Con la puesta en riego y el uso intensivo de capital circulante (abonos, semillas selectas, etc.) puede reducirse de forma notoria la superficie barbechera y aumentar la producción.

Otro de los males de la agricultura marroquí son los bajos rendimientos técnicos y la fuerte aleatoriedad de las producciones, demasiado influidas por condicionantes climatológicos. En este sentido, es de destacar que las sequías, bastante frecuentes, suelen tener efectos muy negativos sobre el volumen de las cosechas tradicionales. Gran parte de la superficie agrícola —casi el 90 por 100— se dedica a cereales para el mercado interno (cebada y trigo sobre todo). Como los rendimientos técnicos son muy bajos, no alcanzan las 10 tm./ha. (en España ya se sitúan en torno a las 20 tm./ha.) y las sequías suponen caídas de hasta el 50 por 100 sobre la media, la cosecha no es suficiente para cubrir la demanda interior, con todos los problemas sociales, financieros y de balanza de pagos subsiguientes.

Como auténticos oasis de modernidad debemos considerar las plantaciones de naranjos, girasol, remolacha azucarera y algodón; pero en total no alcanzan las 150.000 ha. En cierta medida la vid —con medio millón de ha.— es un cultivo de aceptables rendimientos.

La superficie forestal se extiende por 5,4 millones de ha., pero es de muy bajo rendimiento. Cerca de 2,8 millones de ha. se dedican a espartizales, cuyo aprovechamiento denota un alto grado de atraso, tanto de la producción agraria como de la demanda.

La ganadería, en general, está también muy atrasada basándose en magros pastos naturales. Las explotaciones estabuladas apenas existen, siendo la explotación predominante la extensiva, sin apenas mejoras de

razas y con graves problemas sanitarios. El predominio de las cabañas de cabrío y asnal sobre bovino y porcino es indicativo del bajísimo nivel técnico de este segmento de la producción agraria.

La pesca

Buena parte de la dilatada costa atlántica de Marruecos queda dentro del gran área de afloramiento conocido como banco canario-sahariano. La riqueza de estos caladeros es extraordinaria, siendo los buques pesqueros de Galicia y de la Andalucía atlántica los pioneros de su explotación en el periodo entreguerras. A partir de los años 60, otras flotas de altura y gran altura procedentes de Japón, Corea del Sur, Rusia, Polonia, etc. comenzaron a faenar en la zona. La extensión de la ZEE hasta las 60 millas náuticas por parte de las autoridades marroquíes supuso un importante freno en la expansión de las capturas, actualmente sometidas a licencias, contingentes, vedas y otras limitaciones, del esfuerzo pesquero.

En 1965 las capturas superaron las 250.000 t., llegándose en 1995 a 728.000. Sin embargo, en 1996 descendieron a 525.000. Las principales especies capturadas son: sardinas, más de la mitad del total, crustáceos y moluscos. Las primeras son objeto de transformación en conservas por parte de las fábricas situadas en los principales puertos pesqueros: Tantan, Agadir y Safi. Los crustáceos suelen ser exportados en fresco (también merluza y lenguado) a España y Francia. Por último, los moluscos son objeto de hipercongelación y exportados a los países asiáticos, en donde son muy apreciados por los consumidores.

Minería

Fue, junto con la agricultura una de las actividades fundamentales en la economía marroquí, llegando a proporcionar en 1970 casi el 40 por 100 del valor de las exportaciones. Actualmente, la minería está en claro declive como consecuencia de la tendencia descendente de los precios de los minerales en los mercados internacionales.

El gran recurso del subsuelo de Marruecos son los fosfatos, de los que posee —sin contar con los yacimientos de Bu-Craa, en el Sáhara ex-español— casi la mitad de las reservas mundiales. Las extracciones de los yacimientos de Khouribga y Gauntour convierten a este país en el segundo productor mundial, tras los Estados Unidos. La explotación está bajo control estatal (Office Chérifien des Phosphates) y en parte es objeto de aprovechamiento para fabricar abonos. Las exportaciones de ácido fosfórico y

de abonos suelen ser, en valor, la primera y la cuarta partida, del comercio exterior marroquí.

También existen yacimientos de cinc y plomo relativamente importantes en la zona de Oujda, al este del país; la plata y el cobre continúan explotándose y, junto a los anteriores, suponen exportaciones significativas. Por el contrario, los ricos yacimientos férricos del Rif y de la meseta central están prácticamente inactivos.

Frente a esta indudable riqueza del subsuelo marroquí se contrapone la casi inexistencia de recursos energéticos, lo que constituye un serio lastre para el desarrollo del país. La producción de carbón no sobrepasa en los últimos años el medio millón de toneladas (antracita), que apenas si cubre la décima parte del reducido consumo interior. Los hidrocarburos son casi inexistentes, obteniéndose insignificantes producciones de petróleo y gas natural en Essaoniza y Rharb. La casi totalidad del crudo que precisa el país se tiene que importar, constituyendo este capítulo del arancel la primera partida de las compras al exterior por su valor. Esto a pesar de que la demanda marroquí en derivados del petróleo solo supone el 12 por 100 de la española. A todo lo anterior se añade una producción hidroeléctrica bastante reducida y sujeta a fortísimas oscilaciones interanuales, debido a las fluctuaciones del régimen de lluvias.

Industria

La actividad manufacturera aporta algo menos del 20 por 100 del PIB, habiéndose desarrollado algo en los dos últimos decenios, primero por iniciativa estatal, más recientemente gracias a la inversión extranjera.

La industria pesada esta unicamente representada por las refinerías de petróleo de Sidi Kacem y Mohammedia; las fábricas de superfosfatos de Casablanca, Quenitra, Ben Rechid y Safi; la fabricación de cemento, sobre todo en Casablanca. La industria ligera, en cambio, está bastante más extendida, especialmente la textil y la alimentaria.

Comercio exterior

La composición de las importaciones marroquíes no ha variado demasiado desde hace mas de dos decenios, figurando los productos manufacturados —con los 2/3 del total— en lugar preferente. Dentro de este conjunto maquinaria, automóviles, acero, productos químicos y materias plásticas constituyen los grupos más relevantes. Las compras de alimentos, que en 1970 suponían el 20 por 100 de las importaciones, en los últimos años se

sitúan en torno al 10 por 100; en cambio, los productos energéticos han pasado del 5 al 15 por 100 de las compras al exterior, figurando el crudo de petróleo como el primer capítulo de las mismas y de forma muy destacada.

Las exportaciones únicamente suponen el 60 por 100 de las importaciones. Con tan baja tasa de cobertura es claro que el déficit comercial es bastante alto.

Frente a la relativa estabilidad de la composición de las importaciones, las exportaciones han experimentado cambios muy importantes desde comienzos de los 70, como puede comprobarse en cuadro siguiente:

Composición de las exportaciones de Marruecos por grandes grupos de productos (en %)

	1970	1995
Productos alimentarios	51,8	28,6
Minerales	32,6	12,3
Productos manufacturados	9,7	54,2
Otros	5,9	4,9
Total	100	100

Así pues, Marruecos ha pasado de ser un país con absoluto predominio en sus ventas al exterior de las materias primas —84,4 por 100— a un país exportador de manufacturas, puesto que éstas ya suponen más de la mitad de sus ventas.

Tras tan importantes cambios están algunos hechos que merecen ser resaltados. En primer lugar, el esfuerzo industrializador ha tenido un claro reflejo en las cuentas exteriores. Así, por un lado, se han sustituido las exportaciones de los recursos naturales sin elaborar, como fosfatos, metales, pescado fresco, pieles, etc, por sus manufacturas. En este sentido, los abonos, el ácido fosfórico, las conservas de sardinas, el calzado, las conservas de frutas y hortalizas, hilos y cables eléctricos, figuran entre las principales partidas de exportación.

En segundo lugar, durante el último decenio el capital extranjero se ha convertido en protagonista básico de la industrialización, sustituyendo con mucha más eficacia al sector público, y lo ha hecho tratando de aprovechar una de las ventajas competitivas de Marruecos, su abundante y barata mano de obra. Esto también se ha reflejado en las exportaciones, figurando entre las partidas de mayor valor los vestidos confeccionados, artículos de géneros de punto y otras manufacturas textiles.

En tercer lugar, algunas de las tradicionales exportaciones marroquíes encuentran cada vez más dificultades en los mercados internacionales, bien por retroceso de la demanda, bien por caídas en sus precios, bien por la competencia de otros países; como consecuencia, las cifras en venta han experimentado una clara y continua tendencia a bajar. Ejemplos de ello son las ventas de metales en bruto (hierro, cobre, plomo o plata), algodón, patatas y alfombras.

En lo relativo a las grandes áreas con las que comercia Marruecos, indiscutiblemente la Unión Europea ocupa un lugar destacadísimo, tanto si se contempla de la perspectiva de las ventas, como si se hace desde la óptica de las compras. Así, en el bienio 1995-1996, el 55 por 100 de las importaciones y el 62 de las exportaciones, procedían o se dirigían a los miembros de la Unión Europea.

Por países, Francia es, con diferencia, el primer proveedor y comprador, pues de allí proceden en torno al 22 por 100 de las compras de Marruecos y allí se colocan el 30 por 100 de las ventas. También España se sitúa en un lugar destacado en el comercio marroquí, en cuanto es su segundo mercado. De nuestro país proceden el 8,5 de las compras de Marruecos y en él coloca el 9,4 de sus ventas. Otros países de la Unión Europea, como Italia, Alemania y el Reino Unido también están entre los principales con los que comercia el reino alauita.

En definitiva, el mercado común que actualmente constituye la Unión Europea es absolutamente vital para Marruecos. Dentro de esas preferentes relaciones comerciales tres países mediterráneos figuran en un lugar muy destacado: Francia, España e Italia. También es preciso resaltar que tales relaciones comerciales están amparadas por un Acuerdo bilateral de cooperación que asegura a Marruecos —como a otros países del Magreb— preferencias aduaneras sin las cuales sus exportaciones resultarían gravemente afectadas. Aquí está, por tanto, uno de los factores clave para el futuro de este país, que puede aprovechar la Europa comunitaria para influir con fuerza en su trayectoria.

MAURITANIA

Introducción. Génesis y evolución de Mauritania como estado

La aparición de Mauritania como Estado es bastante reciente, aunque el nombre, de origen, se aplicó a un territorio que nada tiene que ver con

el actual, derivando del gentilicio que Roma dió a los habitantes bereberes del extremo noroeste del continente africano, mauris o moros.

Los antecedentes inmediatos a la Mauritania actual empiezan cuando Francia adquiere a partir de 1817 influencia sobre el río Senegal, punto de partida para la exploración del Sáhara occidental y el sometimiento de las tribus —en su mayoría nómadas— del interior.

Cuando los franceses penetran en el territorio se encuentran una estructura feudal anquilosada desde la época almorávide-almohade (siglos XI-XIII). Así pués, durante unos siete siglos se han mantenido entre las tribus de los mauri (moros) las jerarquías que han subsistido hasta casi nuestros días. A la cabeza han estado los “hassan”, tribus guerreras surgidas de la unión de los árabes con los bereberes; tributarios suyos han sido los “zenaya”, bereberes de ocupación artesana, y en la base inferior los “harratín”, de raza negra y origen senegalés, esclavizados por los primeros.

Teniendo en cuenta el escaso valor económico del territorio la ocupación francesa se hizo con mucha lentitud, no terminándose hasta 1912. En 1920, el territorio se organiza como colonia dependiente del Gobernador del Africa Occidental Francesa, con sede en San Luis del Senegal, dándosele el nombre de Mauritania.

En 1958, cuando los vientos del anticolonialismo soplan muy fuertes en el panorama internacional, la V República Francesa otorga al territorio un cierto grado de autonomía como preludio de la independencia, que se concede el 28 de noviembre de 1960. Marruecos reaccionó de forma airada frente al nacimiento del nuevo Estado, reivindicando su territorio.

El título oficial del país resulta bastante indicativo de algunas de sus mas sustanciales características: República Islámica de Mauritania. El artículo 2 de su Constitución precisa sin equívocos que la religión del pueblo mauritano es la musulmana, aunque como reminiscencia de la influencia francesa en su norma política básica, se garantiza la libertad de conciencia y el derecho de cada persona a practicar su religión, eso sí, bajo las reservas impuestas por la moralidad y el orden público, cuya interpretación liberal o intolerante depende del criterio de los gobernantes.

La práctica totalidad de la población es musulmana, existiendo solo una insignificante minoría católica, en buena parte constituida por europeos residentes. No existen prácticamente otros cultos. Hasta 1965, y desde la perspectiva del catolicismo, toda Mauritania pertenecía a la diócesis de

San Luis del Senegal, sin embargo, ese año se creó por Roma la nueva diócesis de Nouakchott (capital del Estado), sufragánea de Dakar.

A pesar de la homogeneidad religiosa existe una profunda grieta entre la población mauritana por razones étnicas e históricas. Los “beidanes”, de origen árabe y bereber, que constituyen en torno al 70 por 100 de la población, han sido los señores que han sometido a la esclavitud a los “haratinés”, de raza negra sudanesa. Tal situación se mantuvo mas o menos atenuada tras la independencia, imponiéndose la mayoría y dominando todos los resortes del poder político y económico. Ha habido que esperar hasta 1980 para que oficialmente se suprimiese la esclavitud.

A mediados de la década de los 70, al empeorar la situación en el antiguo Sáhara español, Mauritania experimentó fuertes convulsiones que generaron una fuerte inestabilidad política y el agravamiento de los conflictos étnicos. El elemento desencadenante fue la “marcha verde” que el rey Hassan II de Marruecos organizó en un momento extremadamente delicado de la situación política española, para presionar a favor de su abandono y ocuparlo antes de que lo hiciese el Movimiento Polisario, claramente inspirado y alentado desde Argelia. A las negociaciones hispano-marroquíes que culminaron con el Acuerdo de Madrid, se incorporó el gobierno mauritano de Moktar Ould Dadah con una ambición desmesurada para sus limitadísimas posibilidades. Cuando la colonización española terminó, en febrero de 1976, y el conflicto armado entre el Polisario y los nuevos Estados ocupantes se inició, Mauritania llevó la peor parte, al ser la mas débil, sufriendo ataques que paralizaron las vitales instalaciones mineras de Zouerat y la vulnerable línea férrea de mas de 650 km. que las unía al puerto de embarque del mineral. Incluso los ataques polisarios afectaron a la propia capital, por lo que, finalmente, Mauritania se retiró del conflicto de forma poco airosa, comenzando un periodo de inestabilidad política.

En 1978, tras un golpe de Estado que derribó al presidente Ould Dadah ocupó el poder el teniente coronel Mustafá Ould Salek, a su vez sustituido dos años mas tarde por el teniente coronel Khouna Ould Haidala. En 1984, a este le sucedió Maouya Ould Sidi Ahmed Taya, tras un nuevo golpe militar, teniendo que afrontar su gobierno graves conflictos interétnicos, en 1986, e incidentes fronterizos con Senegal, en 1989.

Por fin, al iniciarse la década de los 90 Mauritania parece hacerse estabilizado, al menos políticamente. En 1991 se aprobó una nueva constitución que reconoce el multipartidismo y en las elecciones de 1992 Sidi Ahmed Taya fue elegido presidente de la República.

Condicionantes básicos: territorio y población

Mauritania es un país relativamente extenso, con 1,03 millones de kilómetros cuadrados (el doble que España), en su mayor parte ocupados por una planicie desértica, muy árida, con precipitaciones anuales inferiores a los 200 litros/m². Solo el extremo sur, menos llano, y sobre la ribera derecha del río Senegal tiene precipitaciones superiores a los 500 o 600 litros/m²/año, lo que permite cultivos con ciertas exigencias de humedad.

Tan amplio territorio está solo habitado por 2,3 millones de personas según las estimaciones más recientes, lo que supone una densidad de 2,2 habitantes por km², realmente insignificante. En este sentido, Mauritania se encuentra entre los países más vacíos del continente africano, con densidad incluso inferior a la de Chad, Gabón, Libia, Níger y República Centroafricana. Solo Namibia —con 1,5 habitantes por km²— está por debajo. No obstante, la densidad media mauritana esconde algunas diferencias, ya que las zonas norte y centro-este están escasísimamente habitadas, mientras que en el suroeste, en la cuenca del río Senegal, la densidad ya se acerca a los 10 habitantes por km². Pero el dato que mejor refleja la fuerte concentración de la escasa población mauritana es que la capital, Nouakchott, fundada en 1957; alberga casi la tercera parte del total.

Aunque escasa, la población mauritana crece a un ritmo muy vivo, duplicándose en 25 años. El fuerte crecimiento vegetativo se debe a una altísima natalidad (tasa del 40 por 1000) y a una mortalidad moderadamente baja (tasa del 14 por 1000). De todos modos, la tasa de mortalidad infantil, un 116 por 1000, en 1995, es demasiado alta.

Aunque los mauritanos han sido históricamente nómadas, sobre todo en el centro y en el norte del país, desde la independencia se han realizado grandes esfuerzos para sedentarizar la población atrayéndola hacia las pequeñas ciudades, como Kaédi, Rosso, Nouadhibou (antigua Port Étienne) y Atar, y, sobre todo, hacia la capital. Actualmente, sólo alrededor del 15 por 100 de la población sigue siendo nómada.

Evolución económica

La aparición de algunos rasgos modernos en la economía mauritana no se produce hasta la segunda mitad del siglo actual, en la última fase del dominio colonial francés. Hasta ese momento, la atrasada economía del país giraba en torno a unos cuantos oasis bien situados dentro de las rutas caravaneras trans-saharianas. Teniendo en cuenta el carácter tremen-

damente árido del territorio y su escaso poblamiento, constituido por tribus nómadas escasamente proclives a aceptar cualquier otro orden que no fuese el que había imperado durante siglos, Francia se desentendió bastante de su ocupación, dando prioridad, dentro de su extenso imperio colonial africano, a otras zonas.

El primer indicio de modernidad lo constituye la fundación —en 1957— de la que será su capital, Nouakchott, sobre las arenas del desierto, pero cerca de la costa atlántica. El 1963 comenzó la explotación de los ricos yacimientos de mineral de hierro de la zona Zouerat-F'Derick y, en 1971, de los yacimientos cupríferos de Akjoujt. Simultáneamente, alcanzó su apogeo la pesca industrial en los caladeros de la costa mauritana, eso sí, por parte siempre de flotas foráneas, si bien los profundos cambios coetáneos en cuanto a derecho del mar favorecerán que el país se beneficie, bien por las rentas derivadas de los acuerdos de pesca suscritos con otros países, bien mediante el establecimiento de empresas mixtas.

El conflicto saharauí supuso un importante contratiempo en las perspectivas mauritanas para tratar de salir del subdesarrollo, al sumirse en la inestabilidad política y social de la que parece haber salido a comienzos de la década de los 90.

Mauritania ha experimentado una reconversión política y económica en los últimos años. El régimen autoritario salido de una serie de golpes de Estado militares se empeñó en la vía democrática, lo que ha permitido al país abandonar el aislamiento internacional, recibiendo un importante apoyo financiero, tanto de los organismos intergubernamentales, como de los Estados europeos.

En el terreno económico, los programas de estabilización y ajuste estructural le han permitido restaurar ciertos equilibrios. En este sentido, es de destacar que el rigor presupuestario seguido por el gobierno desde 1992, ha permitido a este país reducir el déficit en las cuentas públicas desde 8,2 por 100 del PIB, en 1992, hasta el 0,5 por 100, unos años más tarde. A la vez, la tasa de inflación ha bajado de los dos dígitos, lo que constituye todo un logro en el contexto africano. No obstante, existen muchas e importantes sombras sobre el futuro.

Sectores económicos

El débil desarrollo económico mauritano en buena medida explica que sea el sector primario el fundamental, agricultura, pesca y extracción minera constituyen su base económica.

Agricultura

A pesar de contar con muy desfavorables condiciones para el desarrollo agrícola y ganadero por la enorme aridez de la mayor parte de su territorio, la mitad de la población está dedicada a esta actividad, aunque sólo procura en torno al 25 por 100 del PIB.

La producción agrícola se concentra en la franja sur del territorio mauritano, en la cuenca del río Senegal, donde las condiciones son más favorables en cuanto a clima y suelo. Todo lo que se cosecha es para consumo interno, pero no es suficiente para cubrir las crecientes necesidades de alimentos de una población que aumenta rápidamente. Debe tenerse en cuenta que la superficie agrícola no alcanza, ni de lejos, el 1 por 100 de la superficie total del país y de ella, la regada, solo es de poco más de 100.000 ha. En lo referente a esta se ha dado en el último decenio mejoras importantes. Así, por un lado, la construcción en 1988 del embalse de Manantali, en Malí, ha permitido regular el caudal del río Senegal. Por otro, la puesta en servicio del embalse de Diama, cerca de la desembocadura de ese río, evita la remontada de las aguas salinas marinas en las épocas de fuerte sequía.

La producción se centra en mijo, maíz, arroz, judías, yuca y cacahuete. Además, se dan unas 15.000 t. de dátiles en los numerosos palmerales de los oasis que salpican sobre todo la región de Adraz, Tagan y Assaba.

Las importaciones de alimentos, básicamente cereales, cubren ya más del 50 por 100 de las necesidades totales y no cesan de crecer. Así, en 1980, fueron 166.000 toneladas, alcanzando las 286.000 en 1993.

Mauritania es miembro de la Organización para el aprovechamiento del río Senegal (OMVS), cuyo objetivo básico es la puesta en riego de unas 375.000 ha., la tercera parte correspondientes a su territorio.

La ganadería es más importante, pero se trata de una actividad típicamente tradicional. El número de cabezas es elevado en relación a la población total, pero de escaso rendimiento y, además, tiende a disminuir. La cabaña consta de unos cinco millones de cabezas, entre bovinos, ovinos, caprinos y camellos, lo que permite abastecer las necesidades internas y exportar carne a los países limítrofes, sobre todo a Senegal.

En los últimos años se han tomado importantes medidas estructurales para fomentar la producción de alimentos. A los ya citados planes para aumentar la superficie cultivada y mejorar sus rendimientos técnicos,

sobre todo mediante el riego, se unen medidas liberalizadoras en el ámbito de la comercialización y la construcción de instalaciones frigoríficas para la conservación de productos, en Nouakchott y Kaédi.

Pesca

Las deficientes condiciones naturales para el desarrollo del sector agrario están en buena medida compensadas por la extraordinaria riqueza pesquera de las aguas mauritanas, dentro de su plataforma continental, cuyos caladeros deben encuadrarse dentro del gran banco canario-sahariano. Se trata de una de las cuatro riquísimas áreas de afloramiento que existen en los océanos, garantizando las peculiares condiciones que se dan allí abundantes y diversificadas pesquerías. Su explotación se realiza por parte de flotas foráneas, siendo Japón, Corea del Sur, Rusia y España los países con mayor capacidad extractiva en aquellos caladeros.

Según los datos de las FAO, las capturas totales en la zona económica exclusiva de Mauritania alcanzaron a principio de la década de los 90 casi medio millón de toneladas, reduciéndose progresivamente en los últimos años. La mayor parte de estas capturas las realizan buques de otros países, bien bajo compañías mixtas, bien bajo acuerdos de pesca. Las pesquerías realizadas por los mauritanos tienen carácter artesanal y se realizan en el estuario del río Senegal y en aguas interiores, apenas si suponen el 10 o el 15 por 100 del total. Una parte de las capturas se desembarca en Nouadhibou, que es, con diferencia, el principal puerto pesquero, con industrias auxiliares de salazón, frío y conservera. En ese puerto se instalaron algunas sociedades francesas como SIGP, MAUPECO y COSEMA, para el aprovechamiento de la pesca desembarcada. Sin embargo, la mayor parte de las capturas son objeto de exportación, dado que no se dan en Mauritania condiciones mínimas para el consumo, tanto de pescado fresco, como del congelado, al carecer de red de frío.

Minería

Es, sin duda alguna, el sector económico más importante y el pionero de la incipiente modernización del país.

Lo más relevante es la minería del hierro, destacando los yacimientos que se extienden entre Zouerat y F´Derick (Fort Gourau en la época colonial), muy próximos a la frontera con el antiguo Sáhara español. Se trata de explotaciones a cielo abierto, con unas reservas estimadas en más de 200 millones de toneladas, de un mineral bastante rico al tener una ley del 60 por 100 o más.

Inicialmente —en 1963— fue la compañía francesa MIFERMA la explotadora, nacionalizándose en 1974 al constituirse la Sociedad Nacional Industrial y Minera (SNIM), de capital estatal.

Para comercializar el mineral —se exporta en su totalidad— se tuvo que construir un ferrocarril minero de 650 kilómetros hasta el puerto de embarque, Nouadhibou, bordeando la citada frontera. La producción llegó a alcanzar los 20 millones de toneladas/año, pero ha retrocedido sensiblemente en los últimos años, ante el declive general de la siderurgia.

Los ingresos por la venta de mineral de hierro han llegado a suponer hasta el 80 por 100 del valor total de las exportaciones mauritanas, porcentaje indicativo de su papel vital dentro de la economía de este país.

La SNIM también controla el yacimiento cuprífero de Akjoujt, a medio camino entre Atar y Nouakchott. De este yacimiento se pueden obtener pequeñas cantidades de oro. Su riqueza se ha evaluado en 500.000 toneladas de cobre y unas 40 de oro. A pesar de estos considerables recursos, los altos costes de extracción, debido a una baja ley de los minerales, y una situación internacional no demasiado atractiva en cuanto a precios de esos metales, han llevado a una explotación poco intensiva e intermitente. Tampoco son ajenos a esa situación los problemas de la falta de agua.

Asimismo, Mauritania cuenta con yacimientos de yeso, fosfatos, sal y otros minerales.

La aportación de la minería al PIB puede evaluarse en un 15 por 100.

Otros sectores productivos

La industria moderna es prácticamente inexistente, sólo algunas actividades manufactureras de carácter artesanal y las relacionadas con la pesca.

El sector terciario está también muy atrasado. La red de transportes y comunicaciones es muy poco densa y su estado es bastante deficiente. Como excepciones dentro de esta situación son destacables la construcción del nuevo puerto de Nouakchott y la carretera que une esta capital con Néma, en el extremo suroriental del país, cerca de la frontera con Malí.

Otros servicios modernos, como los financieros, educativos, de salud, etc., están aún en situación más precaria.

Comercio exterior y deuda

Los intercambios comerciales con el resto del mundo son muy reducidos. La balanza comercial presenta saldo positivo en los últimos años, debido, básicamente, al freno de las importaciones a pesar de su carácter absolutamente vital, pues se trata de cereales y otros alimentos, derivados del petróleo y algunos bienes de consumo. Las exportaciones se centran en un número muy reducido de productos, entre los cuales destaca el mineral de hierro, seguido, ya de lejos, por pescados, goma y otros minerales.

Francia fue durante algunos años el principal cliente y proveedor de Mauritania. Actualmente, los intercambios con la Unión Europea suponen más de los 2/3 del total, situación lógica si se tiene en cuenta que este país está dentro del grupo ACP. Francia y España son, por este orden, los principales receptores de las ventas mauritanas y, también, los principales proveedores. En los últimos años, el comercio con otros países limítrofes como Argelia, Marruecos, Senegal y Malí ha aumentado bastante, si bien en ocasiones se carece de registros válidos, sobre todo con estos dos últimos. Asimismo, se ha incrementado la penetración económica de los Estados Unidos.

El problema de la deuda exterior es gravísimo, sobre todo en términos relativos al tamaño económico del país. El volumen de deuda casi duplica el valor del PIB y es cuatro veces superior al valor de las exportaciones, cifras que no precisan más comentarios pues se expresan por sí mismas.